

# MISERA GRANDEZA DE UNA PLAZA

José A. Donaire  
Crítico taurino de «El Alcázar»

**D**UPERADA la media década de los años veinte y cuando aún Madrid capital hacia límites en su configuración urbanística con el Parque del Oeste por poniente, el hipódromo de la Castellana por el Norte, la húmeda vaguada del arroyo Abroñigal por oriente y el Puente del Valle del Caz, después Puente de Vallengas, por el Sur, se pensó, y no sin razón, en la conveniencia de construir un nuevo coso taurino que viniera a desplazar al ya existente ubicado en la avenida de Felipe II, justo en el lugar donde actualmente se encuentra el Palacio de los Deportes, y que en razón a su emplazamiento, hacía pensar que se hallaba "muy dentro de la ciudad", lo que en sí suponía un grave problema de cara a la configuración del "Madrid moderno" que por aquellos tiempos empezaba a tener diseño en los estudios de los mejores y más prestigiosos arquitectos, muchos de ellos verdaderos pioneros del actual urbanismo. Y, tras varios estudios, propuestas y contrapropuestas se eligió una terna de solares de los que por eliminación habría de salir elegido aquel sobre cuyo suelo tendría que levantarse el edificio que la "nueva plaza de toros de Madrid", nominación a la que con el correr de los años y añadiendo las siglas comerciales S. A. (Sociedad Anónima) correspondería a la de la empresa que acabó explotándola en arriendo cuando estaba a punto de cumplirse su medio siglo de existencia.

Que la elección recayera en la altiplanicie en que actualmente se asienta se debe, principalmente, a consideraciones y factores de índole económica que aún tienen incidencia en el funcionamiento y desarrollo de los espectáculos que se celebran en sus arenas entrañas y que plasman evidencias de un ayer que tienen vigencia en el hoy.

Los terrenos que hacían de margen y ribera alta al cauce del desecado arroyo Abroñigal, cuyo trazado impone giros toreros de medias verónicas, eran, al menos en teoría, frontera natural e insuperable de una urbe cuya expansión demográfica estaba previsto que forzosamente habría de producirse en las direcciones opuesta de Norte y Sur, razón por la que suponía un alto índice comercial situar la nueva plaza en dicho lugar. Sobraban espacios libres que podrían ser aprovechados para un mayor desahogo y desenvolvimiento de los coches de caballo, aparcamiento de calesas y evolución de las jardineras de tracción animal que transportaban a los toreros hasta las mismas puertas del recinto.

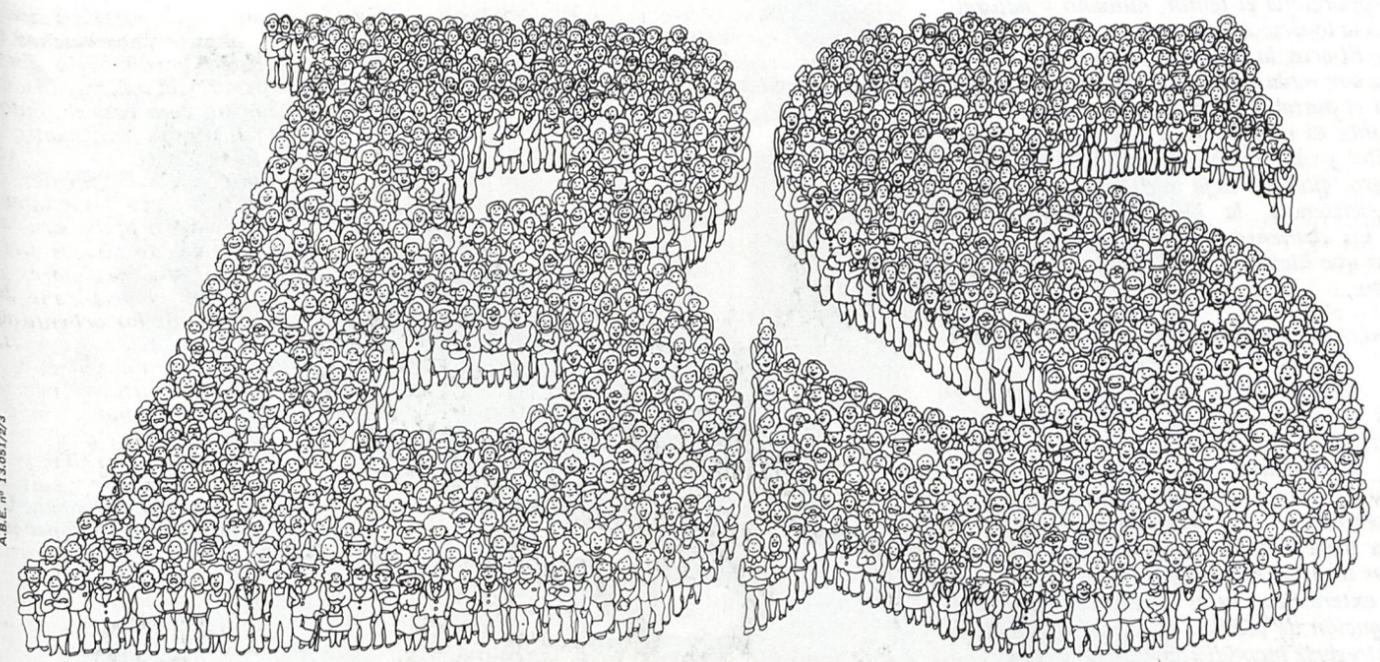
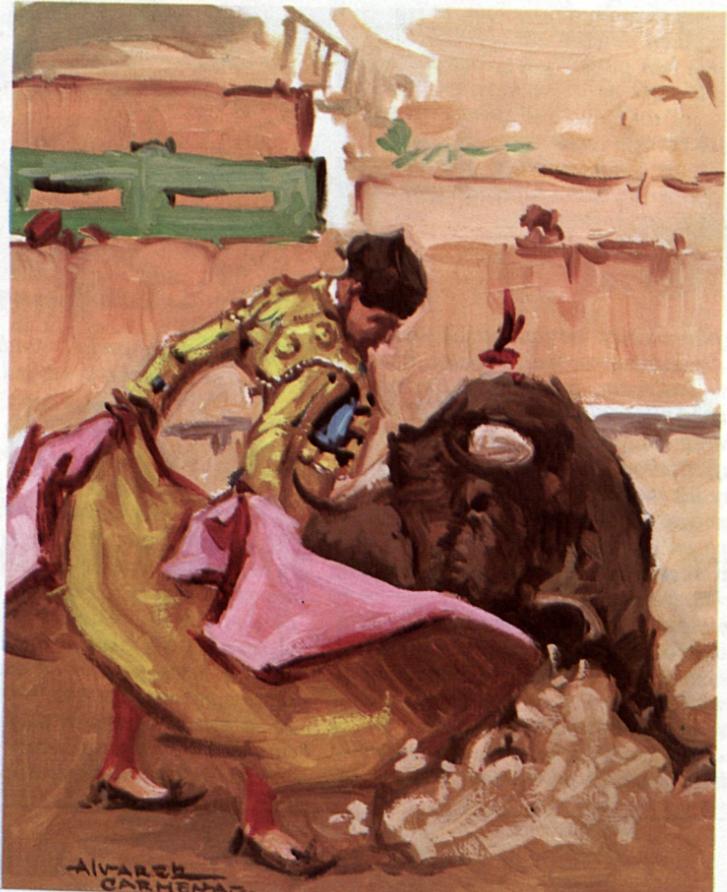
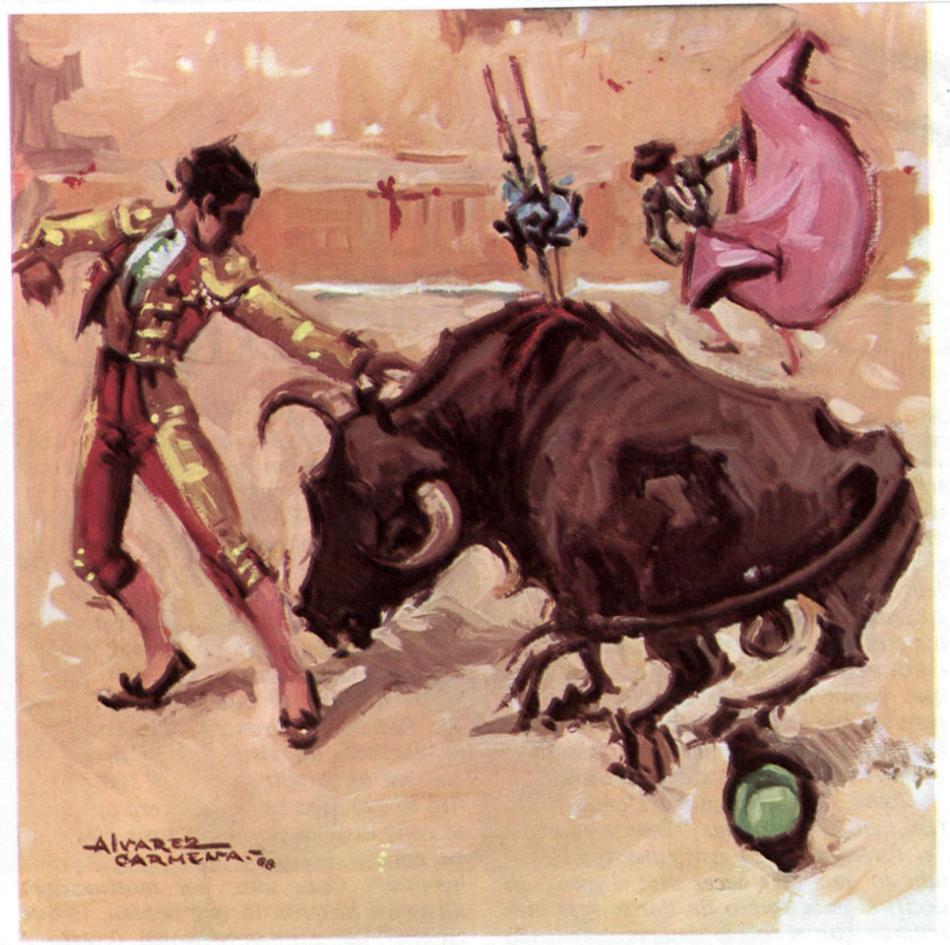
Además, el lugar contaba con el aliciente de sus alegres, modestos y castizos ventorros y ventas, en los que a la caída de la tarde se hacían frituras de gallinejas y entresijos, de chuletas de oveja y cabrito, gastronomía castiza de un pueblo que gustaba acompañar con trasiegos de buen vino de Métrida, Arganda y Móstoles, cuyas cosechas eran tan pobres en prosapia vinívnicola como ricas en graduación. Y esas ventas, por estar tan dejadas de la mano de Dios, dióselas en llamar las del Espíritu Santo, sin duda porque quien así las bautizó poco o nada sabía de dogmas y de la Divina Trinidad, pues para muchos el tres en uno era más un envite de mus o jugada de rana que verdad teológica.

Lo que nadie podía suponer el año 1929, guarismo que figura en el frontis de la puerta principal del primer coso matritense, es que ese Madrid, ya por entonces modernos, iba a desbordar el vado del Abroñigal y que un cuarto de siglo después acabaría anexionando al municipio de la Villa y Corte localidades tales como Pueblo Nuevo, Canillas y Canillejas y que otro cuarto de siglo más, bastaría para "vaciar" la calle de la Persuasión, hoy oculta bajo el puente de la M-30 sobre voladura ribereña del parque de la Fuente del Berro y con el fondo del barrio de la Concepción. Y que hasta un nuevo poblado con censo superior al de muchas provincias españolas iba a levantarse, como hoy se levanta, en terrenos del Gran San Blas.

Las previsiones quedaron cortas y esa plaza de toros que pretendió edificarse de forma definitiva en las afueras de la gran urbe, se ha quedado casi casi en un punto neurálgico de la misma, aunque para su supervivencia cuenta con el favor de un enclave que nada estorba el ensanche de la ciudad y el montaje de sus viales. La plaza quedó aupada en su atalaya y hoy se asemeja más a castillo rodeado por monstruos de mil ojos abiertos en ventanillas que a coso en el que hayan de "jugarse y correrse toros bravos" o que estén destinados a que en los mismos sean "picados, banderilleados y muertos a estoque".

El aforo del coso "ventero" que apenas alcanza las veinticinco mil plazas aun después del corto incremento que experimentará después del fuego que hizo arder las alturas "andadaneras" pareció suficiente, sobre todo en tiempos en los que las gentes del pueblo de Madrid eran tan dadas a Villalta, Marcial Lalande, como a asistir a las representaciones de El Barberillo de Lavapiés, La Revoltosa o Los claveles. Madrid, aun siendo mucho Madrid, no tenía público suficiente para cubrir las localidades de los espectáculos, máxime cuando llegado el buen tiempo, que es el de los toros, proliferaban las verbenas y los bailes populares, y las economías de los madrileños de "a pie", que por aquel entonces eran casi totalidad, no estaban para muchos tiestos. Sin embargo, medio siglo después y tras haber pasado del millón y medio de habitantes con un cero casi absoluto de turistas, a los cuatro millones censados con medio millón de visitantes, esa misma plaza y por supuesto ese mismo aforo sigue siendo holgado. Pocas son las veces que se cubre. ¿No interesa al ciudadano de la década de los ochenta aquella fiesta taurina que es, ha sido y siempre será, exaltación del ancestro nacional? En este mismo periodo del campo del Parral en la calle de O'Donnell se pasó al viejo Chamartín y más tarde al Santiago Bernabéu. Unos cientos de aficionados al fútbol se convirtieron en diez, doce o quince millares y ahora pasan de los cien mil. Sin embargo, los toros carecieron durante todos esos años de promoción. Fueron desarraigados de la juventud y sin saber cuáles han sido las causas o los motivos, esa plaza de toros Monumental de Las Ventas del Espíritu, que cubrió aguas en 1929 y que ahora conmemora su medio siglo sigue siendo suficiente en su capacidad para el elenco de aficionados. A mitad de corrida, cuando abandonan

los asientos los turistas y se aprecia aún más la desnudez de las pétreas localidades de los tendidos o se descubren los maderamenes de gradas y andanadas, se apodera del alma el vacío y hasta nos da por pensar en los fríos datos de la estadística. Pero la plaza, esa plaza que siendo nueva empieza a ser castiza por vieja, mantiene airosa su silueta y confía en que un día el ser joya arquitectónica mudéjar la pueda servir para alcanzar los honores de monumento artístico nacional que tan merecidos tiene y que servirían para garantizar la perduración de esa finosomía que se nos ha hecho tan entrañablemente madrileña.



## No es el Banco de España, pero sí el de más españoles.

El Banco de Santander es de 320.000 personas. Y cada vez lo será de más. 320.000 personas no pueden equivocarse. Ellas saben que su dinero está en buenas manos, trabajando para el país y generando riquezas y bienestar. Este es el principal objetivo del Banco de Santander. Un Banco con una amplia base popular. Ser propietario del Banco de Santander está a su alcance. No es necesario disponer de una gran cantidad de dinero para ello. El 70% de nuestros accionistas lo son con menos de 100 acciones; es decir, con inversiones que van, aproximadamente, desde 1.000 ptas. hasta 100.000.

**Es fácil.** Sólo tiene que informarse en una de nuestras oficinas y firmar la correspondiente orden de compra por el valor que usted desee.  
**Es cómodo.** Periódicamente recibirá noticias sobre la marcha de su Empresa. Toda la información que se derive de su condición de copropietario del Banco de Santander.  
**Es interesante.** Venga a hablar con los hombres del Banco de Santander. Verá que ser propietario de uno de los mayores Bancos del país, además de interesante, es una forma inteligente de invertir su dinero.



**BANCO DE SANTANDER**  
Es de muchos. Sirve a todos.

# LOS «INGREDIENTES» DEL BUEN TORERO

Juan Posada Crítico taurino de «Diario 16»

**L**A fiesta de los toros, tan traída y llevada últimamente, parece que ha iniciado un leve resurgimiento, quizá debido precisamente a la carencia de emoción y tragedia como ha padecido durante bastante tiempo. El público, harto ya de lo que se ha dado en llamar toreros artistas, ha vuelto sus ojos hacia los diestros que, como principal cualidad, cultivaron el toreo recio y valiente. Porque, según mi teoría, el valor necesario para ser torero no es tan abundante como la gente cree, sí lo es la afición, la entrega y, sobre todo, la honradez profesional.

Como dijo el maestro Domingo Ortega, en el programa "Tauromaquina", "el torero no debe sentir miedo cuando sabe lo que debe hacer ante el toro". Es decir, el gran torero de Borox dejó bien sentado que el miedo desaparece cuando se conoce la profesión y, por supuesto, al toro. Lo malo es que los toreros actuales, salvo raras y meritorias excepciones, no conocen a fondo su trabajo, lo que le proporciona el temor, humano y natural, hacia lo desconocido.

El arte, la floritura y el sentido estético son nada más que la guinda que adereza el pastel, pero que no le da sabor ninguno; es una filigrana que hace más bonito y apetitoso el manjar a degustar, pero que no deja recuerdo alguno. La consistencia, la buena condimentación y los elementos que la integraron fueron los que hicieron un todo sabroso y exquisito.

## INGREDIENTES DEL BUEN TORERO

Algo parecido ocurre con el toreo y en general con todas las manifestaciones artísticas. La técnica, el conocimiento, el sentimiento, que es lo que algunos llaman arte, y la elevación espiritual del hombre, en este caso la vocación, son los ingredientes que componen los buenos toreros. Por ello, los que manifiestan y exteriorizan estas cualidades, llaman la atención de público aficionado y los hace entregarse incondicionalmente a ellos.

En la feria de Sevilla destacaron sólo tres toreros: Paquirri, Emilio Muñoz y Pepe Luis Vargas, al que lo le puse el sobrenombre de "El bueno". ¿Qué pasó en Sevilla? Pues simplemente que estos tres hombres nombrados se jugaron la vida gallardamente. Eso, aunque parezca una perogrullada, es la gase fundamental del toreo, y no el valor, que no es más que un sentimiento anímico que vale para unas cosas y para otras no. Los tres

diestros nombrados arriesgaron su existencia a sabiendas que la podían perder a causa de cualquier fallo técnico cometido por ellos. Paquirri lo tuvo y fue aporatosamente volteado, Muñoz, consciente del peligro del toro de Urquijo, empleó toda la técnica de que disponía y, al equivocarse, fue cogido y Vargas, a pesar de utilizar correctamente la muleta, se dejó coger porque estaba desesperado.

De los tres, el que más mérito tuvo fue Paquirri, veterano y millonario, que no dudó ni un instante para demostrar que era un auténtico torero. Muñoz realizó lo que debe hacer un torero que quiere conquistar la gloria y Vargas hizo buena aquella frase de "Más cornás da el hambre". Cada uno, por motivaciones distintas, hicieron lo que debían, lo que corresponde a un profesional íntegro y honrado. Los tres merecen el calificativo de TOREROS.

## PROFESIÓN DE HOMBRES

El otro ejemplo aleccionador fue la actuación de Manolo Vázquez del Domingo de Resurrección en Sevilla. El público se asombró de "lo bien que estuvo, ¡parece distinto!, ¡qué barbaridad!". Estas y otras exclamaciones indicaron palpablemente la poca cultura taurina que poseen los espectadores, incluidos los sevillanos, que presumen de saber mucho. Manolo Vázquez estuvo ese día ni mejor ni peor que cuando toreaba hace veinte años. Lo que ocurre es que las cosas han cambiado mucho y los aficionados, o mejor dicho, los espectadores se olvidaron de lo que es un hombre vestido de torero, que se comporta como tal.

Gracias a ellos, se ha deshecho el mito del cuento y los asistentes a las plazas han comenzado a comprender que estaban equivocados, que lo que han presenciado durante mucho tiempo era un cuento, una mentira disfrazada de posturitas -guindas acarameladas de pastel- que los confundían con el buen toreo y los buenos toreros. Ser torero es algo distinto a lo que estamos acostumbrados a ver. Ser torero es, ni más ni menos que SENTIRSE TORERO EN CADA MOMENTO y responder ante las circunstancias con la dignidad y vergüenza de un auténtico PROFESIONAL.



# AHORO TRA

**Puede meterse el futuro en un bolsillo**

La Caja de Ahorros de Madrid presenta la tarjeta CAJAMADRID. Una tarjeta pensada para hacer a sus clientes la vida mucho más fácil.

Desde ahora con la tarjeta CAJAMADRID usted podrá, a través del nuevo servicio de Cajeros Automáticos, retirar dinero, conocer saldo, solicitar extractos y pedir un nuevo talonario... sin perder un minuto.

Próximamente a la tarjeta CAJAMADRID se irán incorporando una amplia gama de importantes prestaciones que harán realidad el que usted pueda llevar el futuro en un bolsillo.

De hoy en adelante ésta será su tarjeta.



Autorizado Banco de España 20-V-81

**CAJA DE AHORROS**  **Y MONTE DE PIEDAD DE MADRID** *Su Caja*

**cajamadrid**

# MADRID, CUSPIDE Y EJE DE LA FIESTA

Salvador Cayol Critico taurino de «YA»

**L**a plaza de toros de Las Ventas celebra su cincuentenario en un momento clave de su historia. Si Madrid nunca perdió del todo, hasta en los años más triunfalistas, su hegemonía sobre el resto de las plazas del mundo, será en éste y en los venideros cuando conserve y aumente su primacía universal. La postura y el camino empujado últimamente por la Diputación provincial y la llegada del empresariado más formal, cumplidor y poderoso de la actualidad —la familia Chopera— tienen en sus manos el conseguir estas metas.

Sería imposible resumir en el espacio asignado la historia de los cincuenta años de la plaza de Madrid y quizás ya otros lo hayan hecho por mí en este número. Tampoco quiero recurrir a la historia de las ferias de San Isidro que he escrito en otras ocasiones, porque la que de verdad interesa es en la que ya estamos y que celebra su treinta y cinco edición. La feria del San Isidro-81 va a ser definitiva. Todo lo que aquí ocurra tendrá trascendencia mundial. Y no sólo durante el ciclo isidril, sino a lo largo de toda la temporada.

## LOS QUE MANDAN EN "LAS VENTAS"

Porque presupongo que el Madrid taurino se va a agigantar. La capital de España (olvidemos los centalismos) será más que nunca, cúspide, centro y eje de la fiesta nacional, en todos sus niveles y estamentos. La primacía de Las Ventas como primera plaza del mundo viene determinada por la trascendencia imparable de todo cuanto ocurre en su ruedo, por la exigencia correspondiente y acorde de quienes ocupan sus tendidos, por la rigurosidad de las autoridades responsables, por la seriedad y formalidad requeridas a la empresa y por la objetividad, conocimiento y poder de difusión de los numerosos medios informativos. Aquí todavía manda el público, los aficionados, la autoridad y la crítica, tan vigilante y dura como constructiva.

Pero Madrid.—la plaza de Las Ventas— está obligada a ser el espejo en el que se miran los demás. Debemos predicar con el ejemplo. Presumir con los hechos. Copiar las virtudes ajenas. Desterrar los de-

fectos internos. Cumplir honrada y fielmente cada uno con su cometido, sin tratar de sacar provechos particulares o buscar éxitos egocentristas que vayan en detrimento del bien general. Madrid puede hacer mucho por la fiesta y los toros en general. Madrid puede crear y alentar aficiones en el resto del país y del mundo, si todos los que estamos obligados o implicados colaboramos en la medida de nuestras posibilidades. La fiesta necesita que se la impulse desde donde más fuerza tiene y esa fuerza (por múltiples razones) la tiene Madrid. Sin que ello sea menospreciar a nada ni a nadie...

La Diputación, lo repito una vez más, ha abierto el camino y dado el apoyo que no aporta la Administración estatal. Ha velado por la promoción del espectáculo en su provincia y se ha preocupado —tomen nota— por el bolsillo del aficionado. Ha renunciado de antemano a unos ingresos seguros por amor a la economía del prójimo. Ha canalizado la llegada del empresariado que Madrid necesitaba y le ha puesto unas condiciones viables para su cumplimiento.



EL TORO, PROTAGONISTA

Pero para que Madrid sea el centro del planeta taurino es necesario que todas las previsiones se cumplan. Y la pri-

to, sería errar en lo principal y prácticamente sobrarian los siguientes esfuerzos y buenas intenciones.

Manuel Chopera, como figura visible de la nueva empresa, mantiene otro desafío, quizás el más difícil de ganar: que todas las figuras de la toería actúen en Madrid en todo tiempo, al menos en la etapa siguiente a la feria de San Isidro, por aquello de que los veteranos del escalafón no quemem su "novedad" anual antes de celebrarse la primera feria del mundo. De momento ha conseguido que no falte ninguno a esta cita, lo que no es poco. Conseguirlo durante el resto de la temporada sería su espaldarazo definitivo.

También, por ahora, el equipo de la empresa Toros Madrid, S. A. ha acabado con la falta de afición, con las improvisaciones, desinformación, informalidades, irresponsabilidad y "alegrías" de empresas o empresarios que últimamente les precedieron.

Un millón largo de carteles —algunos de verdadero lujo— se han programado para anunciar la feria de San Isidro de 1981. La operación está en marcha. La Diputación y la Empresa, de una mano, y la autoridad, público y crítica, de otra, con la decisiva participación de toreros y ganaderos, pueden mantener a Madrid y su plaza de Las Ventas en la primacía mundial que les corresponde...

mera es precisamente el elemento toro. No debe haber el menor desliz en este aspecto. Fallar en su presentación, no prever con conocimiento el juego que pueden desarrollar con arreglo a sus características genealógicas o del momen-

  
CAJAS DE AHORROS  
CONFEDERADAS

# ESTAMOS CON LA GENTE.



50 AÑOS...

# CARLOS DE ROJAS MURIO CAMINO DE LA PLAZA

**L**A más visible de las virtudes de Carlos de Rojas era, aunque pueda parecer paradójico, su pudor, que había terminado por reflejarse de manera misteriosa en su propio rostro. Tenía una sonrisa entrecerrada o entreabierta, franca y triste a la vez, incuestionablemente bondadosa, con un deje escéptico, sin huella alguna de empalago. Su mirada era noble, directa, un poco defendida y temerosa, honrada y tierna. Su frente, hermosa y amplia, pulida y digna, se arrugaba a veces cuestionando todo aquello que no le convenía, que fue, en sus últimos años, más de lo que hubieran querido sus amigos. El cabello lo tenía, antes de morir, un poco despoblado, y por su bien trazada cabeza asomaban canas inevitablemente despeinadas y airosas como el penacho incipiente de un potrillo blanco. No era ni muy fuerte ni muy frágil, pero con sus manos recias, según contaba en alardes que raramente parecían fanfarrones, podía sujetar las bridas de cualquier corcel. Eran, además, unas manos ágiles para el garabato. Sus dedos nunca temblaron porque jamás hubieron de escribir nada

que no fuera verdad o en lo que él no creyera con firmeza. De estatura, era mediano. Le gustaba calzar unos botos campeños ligeramente despellejados o descuidados, con un pequeño tacón realzado que, al andar, le obligaba a inclinarse algo, así que medio se mecía o vencía al venir hacia uno con su sonrisa buena.

El porte lo tenía muy campero, igual que su calzado, pero era capaz de sacar en cualquier momento y de cualquiera de los rincones de su indumentaria —oh, aquella zamarra negra suya— unos folios plegados sobre los que improvisaba alguna nota, algún pergeño de figuras taurinas en movimiento o alguna idea fugaz. Con aquel aspecto humilde y campero, Carlos parecía evitar deliberadamente que, al menos por fuera, se reconociesen en él los rasgos tradicionales de la buena crianza o de la cuna noble. De todo ello había hecho beneficio de inventario en un gesto casi impúdico y provocador. El siempre tuvo una especie de intuición rebelde embosada en un manto de mansedumbre.

Era un hombre ingenuo e inteligente. La ingenuidad, en su caso una pureza para

creer e inventar historias que tuvieran sentido, brotaba de él muy divertidamente. Cuando algo le producía sorpresa o le llevaba al descreimiento, encogía los hombros desentendiéndose. Era un tic cargado de comicidad y muy libre. La inteligencia la ocultaba en ocasiones con exquisita avaricia, como si se reprochaba que pudiera resultar ofensivamente patente. Pero también a veces la derrochaba con prodigalidad y, muy en particular, en circunstancias en que la vida le pidió tan sólo instinto y astucia. Su cabeza nunca pagó bien a su corazón.

Conocía con puntualidad asombrosa el nombre y el hierro de todos los caballos de rejonos de Portugal y España. Había conocido a los padres de todos los caballos toreros y se complacía en reconocer en los vástagos las cualidades que delataban la herencia genética. Seguía atentamente las evoluciones de cualquier caballo que luciera en el ruedo y permanecía al acecho con el mismo amor que se gasta para seguir los primeros pasos de un hijo.

Casi se abstraía cabalgando por las nubes, pero luego volvía en sí y, con un silencio satisfecho, parecía recoger él mismo los aplausos que los públicos enardecidos dedicaran a quiebros o carreras templadas de un jinete.

No era amigo de que se violentara en exceso el paso o el galope de un caballo. Prefería en todo la suavidad. A los nombres de los caballos anteponía siempre un “el” o un “la”, con los cuales articulaba denotaba una familiaridad no inventada, pues él no sabía fingir.

Definía muy bien el pelaje o la pinta de cualquier caballo y, cuando con rigor de naturalista y un lenguaje entre campesino y científico describía al detalle las características del animal, no se hacía pedante, porque eso él no quiso ni supo serlo nunca. Se regocijaba con su conocimiento, de donde partía un inolvidable amor a la vida por nimia que ésta fuera. Para mostrar esa sabiduría con tono profesoral o cierto ánimo de revancha —tenía pendiente alguna cuenta—, había decidido esperar un momento que finalmente no llegó. Sólo quienes se acercaron a él con afabilidad y comprensión, o sin vanas pretensiones de perdonarle tanta ciencia, pudieron saborear aquel encanto que invadía su persona. Tenía un instinto de caballo —y poseerlo, por cierto, cumplía su deseo más secreto— que era el instinto de responder a la sensibilidad del jinete —o del amigo— con una equilibrada correspondencia. Como caballo, Carlos no hubiera sido dócil, pues le sobraba ca-



ALVARADO  
CARUENA

